

CULTURA

ANGÉLICA LIDDELL Autora, directora, intérprete teatral

“Todo lo veo desde la perspectiva de mi muerte. No sé vivir, no sé”

ALMUDENA ÁVALOS, Madrid
 Angélica Liddell rompe su silencio. Tras casi cinco años sin conceder entrevistas, la creadora teatral española de mayor proyección internacional accede a hablar sobre su trabajo, sus proyectos y su forma de entender el arte y la vida en una conversación por correo electrónico con EL PAÍS.

Autora, directora e intérprete de sus propios textos, ganadora del Premio Nacional de Literatura Dramática en 2012 y del León de Plata de la Bienal de Teatro de Venecia en 2013, Liddell (Figueras, 55 años) se halla inmersa en la escritura del tercer volumen de su *Trilogía del luto*. En los próximos meses verá la luz su poemario *Veo una vara de almendro, veo una olla que hierve* y prepara dos nuevas piezas teatrales: *Liebestod* y *Terebrante*. “El alma de *Liebestod* es el torero Juan Belmonte, a quien descubrí tras leer la biografía de Chaves Nogales, y pertenece a *Historias del Teatro III*, un proyecto de Milo Rau producido por el Teatro Nacional de Gante. Y *Terebrante* es una seguiriyra a los pies de Manuel Agujetas producida por el festival Temporada Alta de Girona y el Centro Dramático Nacional de Orleans, donde me acaban de hacer artista residente”, adelanta.

Pregunta. ¿Su vida ha cambiado mucho por la pandemia?

Respuesta. Yo vivía como quería vivir, en un avión, de hotel en hotel, trabajando sin parar; exhausta. No necesitaba una pandemia para ponerme a leer, reflexionar, ni descansar. El confinamiento empezó justo cuando me iba a Oporto, y poco a poco se canceló la gira entera. Ahora no debería estar en mi casa. Cuento los días para marcharme a Bélgica a ensayar como quien hace muecas en la pared de una prisión.

P. ¿Qué significa para usted trabajar y vivir?

R. Para mí trabajar no es producir, trabajar es consagrarse, es hacer del suicidio una fiesta. Yo hago teatro como Belmonte toraba. Él decía que se tora como se es y como se ama. Trabajar es “ser”, es “amar”, es entregarse a algo mayor que tú, es estar al servicio de algo que trasciende a tus propias intenciones y a tus propias fuerzas. En cambio, vivir no significa nada para mí. Todo lo considero desde la perspectiva de mi muerte. No sé vivir, no sé. Emocionalmente, en la vida, solo me identifico con los tarados, con los inadaptables, los enfermos, los rechazados, con los retrasados. Soy demasiado frágil para desenvolverme en un mundo de fieras, de adultos, de traiciones, de engaños, de fiesta, alcohol y diversión. Mi alma es de niña. Así que me aísla. Cada vez que me asomo me dan una hostia, y vuelvo otra vez a la cueva. Necesito escribirlo todo, todo. Eso no es vivir.

P. Ahora que no hay escenario, ¿puede suplirlo de algún modo?

R. Ahora solo encuentro alivio



La dramaturga Angélica Liddell, en la plaza de toros de Las Ventas (Madrid), el 5 de marzo. / INMA FLORES

en la escritura, es una bendición para mí. Necesito mucha disciplina. Escribo todos los días. Pero nada sustituye al perímetro ritual de un escenario, al trance, la invocación, la transfiguración, a ese entusiasmo, a esa iluminación, ese cuadro de tarantismo, esa picadura de araña que te obliga a un movimiento perpetuo.

P. ¿Qué sensación tiene respecto a textos antiguos como *Mi relación con la comida*?

R. No me gustan. He retirado los derechos de casi todas mis obras.

P. ¿Cuál considera que es su aportación?

R. Ninguna. En el teatro solo cuenta el instante. Esa epifanía fugaz. Ese cruce de voluntades entre el creador y el público, esa ceremonia. El resto no importa nada.

“El teatro para mí es estar dentro de un cuerpo que no me pertenece”

“El fan se apropia de tu intimidad, son los primeros en perderte el respeto”

“Todo lo que fue rabioso en su tiempo lo sigue siendo ahora”

P. Afirma que tiene la hostilidad de la familia teatral española desde hace 30 años. ¿Por qué?

R. Es una antipatía mutua. Ya nos hemos hecho viejos así. Me produce risa. Por otra parte, yo no soy de familias, soy una descartada. El teatro para mí es como estar dentro de un cuerpo que no me pertenece. Detesto a los actores y su mundo, me da fatiga el arte, ese lodazal de egos, ansias de destacar y de ser especiales. Los actores son ruidosos, tontos. A Beckett tampoco le gustaban. Esto creo que ha sido fundamental en el desencuentro, pero no deja de ser una rencilla de patio de butacas o de vecinos, de corrillo cervicero. Es una pena que sea todo tan cutre, porque las disputas estéticas deberían solucionarse a tiros, como hicieron Rimbaud y Verlaine.

P. ¿Tiene fe en las próximas generaciones?

R. Este verano vi el cine Doré lleno de jóvenes que iban a ver *Saló* de Pasolini. Gente rara, muy especial, no eran los guapitos, no tenían encendido el teléfono. No hubo ni una burla, ni una carcajada, iban con un respeto que me conmovió. Me devolvió la fe en las generaciones que vienen, pero en los muy jóvenes. Supongo que en algún momento reventará esta bulimia de egocentrismo, todo este fango social totalitario de los *instagramers* en busca de protagonismo y halagos, esta ansia de éxito a cualquier precio y a cambio de cualquier cosa, carne de Netflix, una sociedad antagónica a la humildad y al servicio, prepotente, empachados de derechos a toda costa. Un derecho del que no emana un deber no es un derecho. Es lamentable.

P. En su libro *Guerra Interior* (La Uña Rota, 2020) el personaje de Loubna descarga contra sus fans. ¿Por qué?

R. Una cosa es el público, el encuentro trágico, y otra cosa los fans. Loubna no arremete contra los fans, sencillamente los describe tal y como son. No hay nada que me irrite más que ver a cuatro histéricas que me están esperando a la puerta de los teatros cuando yo de lo único que tengo ganas es de encerrarme en mi habitación o estar con personas a las que amo. El rito acaba en el escenario. El fan se apropia de tu intimidad. Son los primeros en perderte el respeto. Hay gente a la que le gusta la posfunción, la copita, los halagos, toda esa basura, incluso se follan a los fans y los fans se follan al artista. No me va. Me produce un tedio insuperable.

P. En sus obras habla del miedo. ¿Cuál es su mayor temor?

R. Querer y no ser querida. Me aterroriza y me incapacita. Todos mis temores con respecto al amor se han cumplido con creces, me han roto el corazón, ya te digo que mi alma es de niña, de huérfana.

P. Si se dejara dirigir como actriz, ¿con quién sería?

R. En 2013 le dije a mi ayudante de dirección que quería que Israel Galván me rompiera todos los huesos del cuerpo taceando encima de mí. Llegamos incluso a escribirle. En el cine, trabajar como esclava de Albert Serra me haría muy feliz.

P. ¿Qué artistas contemporáneos le remueven por dentro?

R. No busco lo contemporáneo, sino lo eterno. En mi testamento le he dejado mis escasos bienes a una pintura del Prado, *Cristo sostenido por un ángel*, de Antonello de Messina, así que imagínate. No distingo lo contemporáneo como tal, todo lo que me rodea en el tiempo es contemporáneo y eterno a la vez, incluido un *caravaggio* o una entrevista de Rafael de Paula. Todo lo que fue rabioso en su tiempo lo sigue siendo ahora si lo escoges como contemporáneo. Me siento muy alejada de lo que se suele entender por contemporáneo. No me interesa. Pero, por concretar, tengo entradas para escuchar a Trifonov. Ver interpretar a este hombre me rompe, me emociona, me ayuda a morir.